

Moisés González Navarro, por aportar una inspiradora obra que desde ahora resulta imprescindible para la historia —y la historiografía— del estado de Jalisco.

EPÍLOGO

En enero de 1956, cuando Charles B. Fahs preguntó a Alfonso Reyes y a Daniel Cosío Villegas a quién debería considerar la Fundación Rockefeller para una beca de entrenamiento fuera de México, “su recomendación más contundente fue para Moisés González Navarro, quien trabaja en el volumen VI de la *Historia*, que quedará terminada en junio, momento en que él debería estar listo y le beneficiaría viajar al extranjero”. El funcionario de la Rockefeller añadió sobre Moisés González Navarro: “Él viene de Guadalajara, y a la larga puede convertirse en un profesor allí”.⁶ Cincuenta años más tarde sabemos que este vaticinio no se cumplió en sentido estricto, si bien por medio de éstas, y las cientos de páginas por venir sobre cristeros y agraristas, don Moisés dictará su cátedra, desde la distancia, a muchos estudiantes y estudiosos de la historia de Jalisco.

Servando ORTOLL
El Colegio de Sonora

Agustín SÁNCHEZ ANDRÉS y Silvia FIGUEROA ZAMUDIO (coords.):
De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Comunidad de Madrid, 2002, 391 pp. ISBN 968-7598-29-8

El exilio español de 1939 sigue siendo —incluso en su contexto más fecundo, el mexicano— un fenómeno poco explorado y —al menos en el caso de España— insuficientemente asimilado. Aun a pesar del creciente interés de academias e instituciones, así como del esfuerzo de numerosos investigadores, materializado en

⁶ Consúltese RAC. RF. RG 1.2, series 323, c. 56, carp. 436, extracto de notas de viaje a México, de Charles B. Fahs. Ciudad de México, 20 de julio de 1949. (Traducción mía.)

un repertorio bibliográfico amplio y jugoso, nos muestra todavía la imagen de un universo vasto y complejo, lleno de penumbras y cargado de fuerza interpeladora. No es de extrañar si tenemos en cuenta las inevitables dificultades de su estudio, pues lejos de agotarse en un mero episodio histórico, más o menos delimitado en el espacio y en el tiempo, nos introduce en un laberinto susceptible de recorridos muy diversos aunque siempre entrelazados. Si, en términos convencionales, la diáspora republicana comienza y termina en unas fechas tan precisas como aquellas que señalan el inicio y el fin de la dictadura de Franco, no por ello deja de encontrar decisivos referentes en el pasado —tanto inmediato como lejano—, ni de proyectar su estela hasta nuestros días. La larga tradición de exilios arraigada en la nación española —a su vez inseparable del tópico de las dos Españas—, unida a los que el antisemitismo ocasiona en otros lugares de Europa en la década de los treinta, en pleno ascenso del fascismo, conforma en este sentido un marco de comprensión insoslayable a la hora de reflexionar sobre las causas de dicha diáspora; y lo mismo podemos decir de la dominación colonial y del estereotipo del inmigrante español tras los procesos de independencia como factores que condicionan, en primera instancia, su recepción en tierras americanas. Asimismo, bien podríamos preguntarnos si el exilio de 1939 no habrá concluido todavía en la medida en que su memoria sigue siendo una tarea pendiente. Y no sólo por la ingente labor historiográfica y documental que resta aún por realizar; también por la insuficiente mediación de los discursos oficiales cuando toca incorporar el legado de los exiliados al presente, a menudo orientada hacia la legitimación —más que hacia el cuestionamiento crítico— de este último.

Las coordenadas espaciales del exilio son igualmente escurridizas. Los itinerarios vitales que parten de Madrid con rumbo, en este caso, a México, no se agotan en la obvia travesía transatlántica, sino que se complican en un sinfín de rodeos, unas veces casuales y otras decisivos. Si enrevesados fueron los caminos de la guerra y traumático el cruce de la frontera hispano-francesa, difícil será luego encontrar una ubicación geográfica definitiva. La inevitable precariedad de las circunstancias unas veces, el compromiso científico y profesional otras, conducirá a muchos exiliados a cierto peregrinaje por América, desde Nueva York hasta Santiago de Chile, pasando por Morella, La Habana o Bogotá.

Entre tanto, son abundantes las cuestiones que se despliegan en medio de esta tensión espacio-temporal. A la ardua recons-

trucción de itinerarios y a las exigencias de un imperativo anamnéutico que, como escribiera Walter Benjamin en 1940, exige pasar el cepillo a contrapelo de la historia, hay que incorporar entonces, la reflexión sobre la singularidad existencial del exiliado, la valoración de una obra descomunal y heterogénea, y el análisis de su significación política e ideológica. *De Madrid a México* es una obra interdisciplinar, fruto de la colaboración entre investigadores mexicanos y españoles, coordinados desde México por Agustín Sánchez, que enfrenta y recoge con rigor esta trama de problemas; no sólo aporta un considerable e innovador trabajo historiográfico, sino que además trenza una visión articulada de los diversos aspectos en él contemplados. Como su título indica, afronta una visión del exilio en movimiento, como itinerario dramático o respuesta agónica ante la ruptura que supone el desenlace de la guerra civil española. Enlaza así discontinuidades entre el antes y el después, tanto en una orilla como en la otra; esclarece la compleja interacción entre individuos, colectivos e instituciones que se despliega en torno a la emigración republicana; abunda en numerosos detalles de su recepción, mediatizada por la prensa, la estrategia cardenista, el debate político e intelectual y ciertas manifestaciones populares; ofrece una perspectiva interdisciplinar que da cuenta de una vicisitud compartida por científicos, educadores, poetas y pensadores, así como del compromiso político de muchos de ellos; desarticula prejuicios sin olvidar por ello las metáforas intransferibles del exilio; recupera, en fin, valiosos retazos de una tradición humanista y científica superviviente.

El presente libro se inicia así con una documentada reflexión sobre las condiciones sociológicas de la recepción del exilio, a menudo obviadas y, sin embargo, imprescindibles a la hora de ubicar la obra de sus interlocutores. "España en el imaginario mexicano: el choque del exilio", por Tomás Pérez Vejo, desmitifica algunos tópicos que, lejos de encauzar la memoria de este último, tienden a esterilizarla, neutralizando su potencial crítico. La tan manida generosidad del pueblo mexicano ante una España peregrina, asimismo idealizada, es un prejuicio fácil que dificulta la mirada más allá de lo evidente. La perforación de esta evidencia devela entonces algunas pistas que se deben tener en cuenta: la postura claramente afirmativa del gobierno y de un amplio sector de la izquierda no fue compartida por otros grupos e interlocutores sociales, preocupados por supuestas inconveniencias políticas y económicas del asilo e incluso afines, en algunos

casos, a la ideología franquista; el exilio republicano no fue un hecho tan insólito desde el punto de vista de los flujos migratorios, si tenemos en cuenta la magnitud de los acontecidos a lo largo de las décadas anteriores; ni se limitó, por otra parte, al ámbito intelectual, pues fue muy abundante la presencia en el mismo de obreros y campesinos; aun ciñéndonos a este ámbito, tampoco debe olvidarse la significativa y continuada presencia de la cultura española en México desde los años de la independencia. Hay además un conjunto de factores, mayormente relacionados con las tensiones estereotípicas y las representaciones simbólicas del imaginario mexicano, que orientan estas pistas. Tal es el caso del conflicto entre concepciones hispanófilas e hispanofóbicas; el perfil del exiliado como un inmigrante heterodoxo, alternativo al tradicional "gachupín"; la inquietud ante las dimensiones de un conflicto en definitiva internacional, virtualmente amenazante para la paz mexicana; el recelo ante la competencia que los nuevos inmigrantes podrían introducir en medio de un régimen laboral precario —o por el contrario, el gusto ante las expectativas repoblacionistas que traen consigo—. Este imaginario se verá a su vez afectado por el impacto del exilio, fenómeno finalmente reconocido por unos y por otros: si la prensa conservadora y la colonia española evolucionaron hacia el reconocimiento de los nuevos inmigrantes, la izquierda mexicana encontraría en ellos una alternativa tanto al hispanismo tradicionalista como al expansionismo estadounidense. No pocos exiliados se amoldarán, asimismo, a los estereotipos del inmigrante tradicional.

Tras este encuadre inicial, encontramos tres trabajos centrados en el exilio científico. "La revista *Ciencia* y las primeras actividades de los científicos españoles en el exilio", por Miguel Ángel Puig-Samper Mulero, recorre los diez primeros años de esta importante publicación, cuyo director fundador, Ignacio Bolívar Urrutia (1850-1944), también es ampliamente recordado. Fundada en marzo de 1940, contó con la colaboración de diversos científicos, residentes no sólo en México, sino también en otros destinos del exilio —José Giral, Gonzalo R. Lafora, José Puche, Antonio Medinaveitia, Enrique Rioja o José Nonidez, entre otros muchos—. Había sido concebida para divulgar las ciencias físico-naturales y matemáticas, y crear un foro de debate que, asimismo, permitiera el acercamiento al mundo científico internacional. En cuanto a su estructura, comprendía diversas secciones: "La ciencia moderna", dedicada a artículos especializados de actualidad; "Comunicaciones originales", con una especial atención a la novedad; "Noticias", cen-

tradas en la vida universitaria internacional, particularmente del mundo hispanoparlante; "Ciencia aplicada", sobre la aplicación de la ciencia a problemas de diversa índole; "Miscelánea", reservada a la información académica y científica general (organización y reglamentación educativas, expediciones...); y las secciones "Libros nuevos" y "Revista de revistas", dedicadas, finalmente, a reseñas de publicaciones recientes, tanto divulgativas como especializadas.

Uno de los ámbitos que la revista siguió de cerca fue el de la genética, objeto, precisamente, del siguiente trabajo. "La genética española en el exilio y su repercusión en la ciencia mexicana", por Susana Pinar, reconstruye algunos itinerarios fundamentales de la misma, partiendo de su notable desarrollo en la década de los veinte y atendiendo a la interacción entre personas e instituciones que hizo posible su continuidad, a veces enmarcada en un horizonte marcadamente político. Conocemos así la obra de Federico Bonet Marco (1906-1980), inicialmente vinculada al laboratorio de biología de Antonio Zulueta y Escolano que se había establecido en el Museo de Ciencias Naturales bajo el impulso renovador de Ignacio Bolívar. Catedrático de geología, zoología y botánica en la Escuela Superior de Veterinaria de Madrid y redactor de la revista *Ciencia*, Bonet se integrará después, con otros exiliados, en la recién fundada Facultad de Ciencias de la UNAM, en donde el aporte español, unido al impulso de la investigación biológica durante el sexenio de Cárdenas, será altamente fructífero.

El ingeniero agrónomo José Luis de la Loma y Oteyza (1901-1991) poseía, asimismo, una sólida formación en el ámbito de la genética básica, iniciándose después en el de la genética aplicada. En México, adonde llegó en 1939, ejercerá la docencia durante más de 30 años, mientras publicó numerosos trabajos y desempeñó importantes cargos públicos —en el Consejo Nacional de Economía, por ejemplo—. Es muy probable, por otra parte, que por su dedicación a la genética del maíz hubiera conocido los trabajos de hibridación doble en esta planta, realizados en la década de los veinte en una célebre misión biológica auspiciada por la Junta de Ampliación de Estudios en Galicia. Uno de sus integrantes, Bibiano Osorio Tafall (1913-1990), también se exilió, por cierto, en México, alternando sus investigaciones en hidrobiología con su actividad política como funcionario de la ONU; una alternancia patente, en fin, en la última de las cuatro trayectorias recogidas en este capítulo.

Félix Gordón Ordás (1885-1975) había desempeñado un papel decisivo en la difusión de la genética entre los veterinarios

españoles, así como en sus reivindicaciones profesionales. Promovió así la fundación de varias revistas especializadas y consolidó la Asociación Nacional de Veterinaria, inspirando, además, la creación de una Dirección General de Ganadería. Durante la guerra civil fue embajador en México, presidiendo el gobierno de la República entre 1951-1960; como tal, se opondría firmemente a la incorporación de la España franquista en la ONU y coordinaría la acción republicana en la clandestinidad.

“Los oceanógrafos españoles en el exilio: la familia De Buen y sus aportaciones a la ciencia española y mexicana”, por Salvador Sánchez Carrillo, reconstruye a continuación tres biografías igualmente fundamentales. Entre la expedición de Odón de Buen y del Cos (1863-1945) a bordo de la fragata “Blanca” en 1885, y los trabajos desarrollados por sus hijos Rafael (1891-1966) y Fernando (1895-1962) en la Universidad Michoacana y en la Estación Biológica de Valparaíso, respectivamente, media un itinerario compartido, no sólo decisivo para comprender el desarrollo de la oceanografía y la ictiología en España, su proyección en México y su aportación a la comunidad científica internacional; también resulta altamente significativo desde el punto de vista de la pedagogía universitaria, la divulgación científica y el activismo republicano de izquierda. Algunas referencias: los primeros libros de texto en España que asimilan las teorías evolucionistas, obra de Odón de Buen; su protagonismo en la creación, en 1914, del Instituto Español de Oceanografía, en el que colaborarán activamente sus dos hijos; una larga carrera docente, sobre todo en la Universidad Central de Madrid primero, en la Universidad Michoacana después, siempre atenta a la renovación metodológica educativa; una ingente obra bibliográfica que comprende obras científicas de muy diverso carácter, algunas de ellas impregnadas de una sincera preocupación social; una constante participación en congresos, reuniones y conferencias, concentrada en España y otros lugares de Europa antes de la guerra, en México y otros enclaves de América después; un firme compromiso político, inevitablemente militarizado durante la guerra y saldado con dolorosas estancias en cárceles y campos de concentración —e incluso con la muerte en el caso del parasitólogo Sadí de Buen, miembro también de la familia—, además de con el propio exilio.

Seguidamente encontramos dos trabajos centrados en el ámbito pedagógico, que esclarecen la compleja mediación institucional de algunos proyectos educativos estrechamente ligados con el exilio, así como la que podríamos considerar su doble

fueron fuente ideológica: el socialismo cardenista por un lado; la tradición humanista de la Institución Libre de Enseñanza, por otro. “Los que despertaron vocaciones y levantaron pasiones. Los colegios del exilio en la ciudad de México”, por Beatriz Morán Gortari, enfoca precisamente la repercusión de esta última, materializada en centros de enseñanza tan relevantes como el Instituto Luis Vives, la Academia Hispano-Mexicana, el Colegio Madrid o el Instituto Hispano-Mexicano Ruiz de Alarcón —cuya existencia fue, no obstante, efímera, debido al fracaso de su gestión—. Todos ellos habían sido fundados entre 1939-1941, ofreciendo a no pocos educadores e intelectuales del exilio (Rubén Landa, Ricardo Vinós, Jesús Revaque, Agustín Millares Cario o Eugenio Ímaz, por citar sólo algunos) la posibilidad de continuar en México su desarrollo profesional.

La autora nos invita entonces a un completo seguimiento de la vida de estos centros, desde sus orígenes hasta nuestros días, a lo largo del cual afloran cantidad de cuestiones: posibles luchas intestinas iniciales (si el Instituto Luis Vives y la Academia Hispano-Mexicana fueron costeados por la SERE y bajo la influencia de Juan Negrín, el Colegio Madrid irrumpiría después con el apoyo económico de la JARE, a instancias de Indalecio Prieto y con una particular complicidad del gobierno mexicano, traduciendo acaso ciertas pretensiones hegemónicas en lo que a colegios del exilio se refiere); los inevitables problemas de financiación; los momentos de crisis interna y sus causas; el perfil de los directores y sus aportaciones a los centros; el perfil del alumnado y su evolución, desde los niños de la guerra de las primeras promociones hasta el futuro predominio de niños mexicanos, procedentes de familias proclives a una educación liberal y laica; episodios significativos diversos, como la instalación de la capilla ardiente de Joaquín Xirau en el Instituto Luis Vives, de cuyo patronato formaba parte; algunos incidentes, como cierto enfrentamiento entre los alumnos de dicha escuela y de dos colegios religiosos cercanos, motivando una campaña de desprestigio hacia los exiliados a cargo de la prensa conservadora; o la tensión entre las necesidades de la sociedad mexicana y el arraigo en la tradición institucionista.

Otro centro educativo muy ligado a la emigración republicana fue la escuela-internado que alojó a los célebres “niños de Morrelia”. En “Una utopía educativa: la Escuela España-México”, Silvia Zamudio Figueroa y Agustín Sánchez Andrés analizan este crucial y temprano episodio del exilio, cuyo origen se remonta a

una iniciativa del Comité Iberoamericano de Ayuda al Pueblo Español, posteriormente transferida a diversas instancias de los gobiernos mexicano y español. El 26 de mayo de 1938, tras una larga y complicada gestión, 463 niños españoles de 4-17 años de edad, teóricamente huérfanos —no sería así en muchos casos—, embarcaban en Burdeos a bordo del *Méxique*, con destino al entonces considerado uno de los mejores internados de la República Mexicana. Y no por casualidad o por una mera cuestión de hospitalidad; la escuela “España-México” no sólo sería un hogar para las víctimas más inocentes de un conflicto bélico geográficamente lejano, pero moralmente cercano, sino también el marco de un controvertido proyecto educativo de carácter socialista, que tropezará con demasiadas dificultades. El ambiente inevitablemente conflictivo de un colectivo infantil traumatizado por la guerra, la posterior reubicación de una parte del mismo en otros centros, la rigidez del régimen escolar y la oposición de algunos sectores de la opinión pública, motivarán, de hecho, el cierre del internado en 1943. Atrás quedarán los pormenores de un singular experimento en el que se mezclan el entusiasmo utópico y la disciplina militar, y cuyos contrastes quedan sobradamente reflejados en este estudio.

En cualquier caso, Morelia ya se había convertido para entonces en uno de los enclaves más importantes del exilio. “Las voces del exilio español en México. Científicos y humanistas en la Universidad Michoacana, 1938-1943”, por Gerardo Sánchez Díaz, recoge los cursos de pensamiento y ciencia contemporáneos que se impartieron en la Universidad “Vasco de Quiroga”, coincidiendo con la celebración, en 1940, del IV Centenario de la fundación del Colegio de San Nicolás. Inspirada en los cursos de verano que desde 1933 se celebraban en la santanderina Universidad Internacional Menéndez Pelayo, y orientada hacia la formación e intercambio académicos, congregará durante el mes de mayo de los años siguientes a un sector no poco representativo de la intelectualidad republicana y también mexicana. Sociólogos como José Medina Echavarría, escritores como Enrique Diez Canedo y José Carner, historiadores como Silvio Zavala y Daniel Cosío Villegas, químicos como Antonio Medinaveitia y José Giral, filósofos como José Gaos y Eduardo Nicol, médicos como Isaac Costero y Gonzalo Lafora, participarán activamente en los programas de la universidad.

Mención aparte merecen aquellos exiliados que, sin colaborar necesariamente en estos programas, residían en la ciudad en ca-

lidad de profesores extraordinarios. Tal fue el caso de los filósofos María Zambrano, Adolfo Sánchez Vázquez y Juan David García Bacca o del científico Fernando de Buen, cuyas vicisitudes profesionales quedan igualmente recogidas en este capítulo.

El penúltimo apartado del libro está dedicado a una de las personalidades más polifacéticas del exilio. "Pedro Bosch-Gimpera. La arqueología española en el exilio mexicano", por José Manuel Quesada López, nos introduce a una obra amplísima, marcada por la interdisciplinarietà y madurada a lo largo de una trayectoria vital compleja, repartida en destinos diversos. Prehistoriador, antropólogo, gestor cultural, reformador universitario e intelectual comprometido con el destino político de Cataluña y España, Bosch-Gimpera (1891-1974) había sido becado por la Junta para Ampliación de Estudios para estudiar Filología clásica en Alemania, ejerciendo después una cátedra de Prehistoria e Historia Antigua en la Universidad de Barcelona. Tras la guerra se instalará en Oxford, aunque pronto iniciará un largo periplo por diversos lugares de América, alternando siempre la labor científica y docente con la militancia republicana. En París asumirá después la Jefatura de Filosofía y Humanidades de la UNESCO, para instalarse definitivamente —ya en la década de los cincuenta— en México. Si su activismo político se verá entonces mermando, una vez consumada la desgraciada decisión de la ONU en favor del régimen de Franco, su actividad científica, plasmada en multitud de obras y eventos internacionales, será inagotable. En su conjunto, se centra sobre todo en la arqueología, tanto de los pueblos indoeuropeos como americanos, fundamentando, en el caso de la península Ibérica, una concepción de la identidad hispánica abiertamente heterodoxa y lógicamente opuesta a los discursos oficiales: las oleadas célticas no sólo no habrían puesto las bases de una supuesta uniformidad cultural, sino que además resultarían más o menos asimiladas por las poblaciones indígenas, en el contexto de un pluralismo étnico cristalizado en las nacionalidades medievales. Sobre el trasfondo de este análisis planteará Bosch una concepción federal y republicana de España, alejada tanto del separatismo como del hispanismo tradicionalista.

"Mito y poesía del exiliado español en México", por Enrique Baena, cierra finalmente esta amplia panorámica con un oportuno contrapunto. La crítica de algunos tópicos idealizadores con que ésta se iniciaba queda ahora complementada con una reflexión sobre la singularidad del desarraigado. La congoja ante un destino frágil, el extrañamiento y la incomunicación con el nue-

vo entorno cotidiano, la apertura de una herida trágica en el meollo de la identidad o una soledad equiparable a la del místico, son rasgos que predisponen para una especial vehemencia creativa. La precariedad del hombre errante aboca entonces al planteamiento de preguntas radicales —ya sea en forma de evocación, hacia un pasado malogrado, o de esperanza, ante el reto de un futuro en blanco—, a la articulación de un diálogo liberador de palabras cautivas y al afán, en definitiva, de trascender un presente intolerable. Se moldea así un singular talante vital, marcado por la exigencia de autenticidad, la incitación utópica y la regeneración de identidades, asimismo favorecido por la significación alternativa de América. Numerosos ejemplos de la filosofía y la poesía, desde María Zambrano hasta Pedro Garfias, sin olvidar a Eduardo Nicol, Eugenio Ímaz, Juan David García Bacca, Juan Rejano o José Moreno Villa entre otros muchos, enhebran esta reflexión final.

Antolín SÁNCHEZ CUERVO
Consejo Superior de Investigaciones Científicas